

En la memoria todo parece ocurrir con música.

Tennessee Williams, *El zoo de cristal*

*Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va.*

Anónimo, «Romance del conde Arnaldos»

YO NAVEGUÉ
CON MAGALLANES

CANTO

De pequeño cantaba como nadie. Caruso júnior me llamaban, y el Pequeño *der Bingle*. En aquella época todavía triunfaban melódicos como Bing Crosby y Sinatra. En mi repertorio estaba «Clang, Clang, Clang Went the Trolley», la canción causante de mi obsesión por ser conductor de tranvías. Me sabía la que cantaba mi madre cuando esperábamos el tren elevado: «Al salir el sol, de trenecitos se llena la estación»; y mi tío Lefty me había enseñado una variante de «Popeye el marino» que decía: «Popeye el marino soy, entre la basura estoy, me como los restos y huelo que apesto, Popeye el marino sooooy».

Pero esas no eran la que me pedían una y otra vez, la que me dio la fama. Me subían a la barra y yo me plantaba entre las botellas, las jarras y los chupitos, me llenaba los pulmones de aire cargado de efluvios de whisky y soltaba «Old Man River». La había aprendido escuchando a mi padre cantarla con su fúnebre voz de barítono cuando se afeitaba para irse al trabajo. No era un éxito del momento ni estaba en las gramolas que la mafia tenía instaladas en aquellos antros donde era más probable que sonaran «That's Amore», «Hound Dog» o «Too Fat Polka». Pero los que allí bebían —como decía la canción— habían descargado y acarreado y se habían

emborrachado y terminado en la cárcel y tenían las cicatrices que lo demostraban. El local se quedaba en silencio, la charla cedía su turno a la letra.

—Está claro que tiene voz para su edad —comentaba alguien invariablemente.

Cuando terminaba de cantar, sosteniendo la última nota como si me zambullera en el oscuro fondo del río a por ella, me jaleaban y me lanzaban monedas y a veces algún que otro billete de dólar.

—¿Qué bebe el hombrecito? —preguntaban al tío Lefty.

—¿Qué va a ser, campeón? —me preguntaba Lefty.

—Zarzaparrilla —gritaba yo, y una zarzaparrilla me servían.

Me sentaba en la barra con los pies colgando y daba tragos de una pesada jarra. Cantar daba sed. El tío Lefty, que también recibía unas cuantas a cuenta de la casa, me pasaba los dedos manchados de nicotina por el pelo, me repasaba los botones como si me afinase y me alzaba de la barra, despacio, como si recogiera un instrumento musical para guardarlo en su funda, un instrumento que llevaba consigo —a veces a hombros— cuando hacía la ronda de local en local.

Del Deuces Wild de la Veintidós íbamos al Pulaski Club frente a St. Kasmir y luego al Zip Inn, cuyo dueño —Zip— había perdido el brazo derecho en la Gran Guerra. Zip siempre llevaba la manga vacía de la camisa blanca bien doblada y sujeta con una pinza de plástico que podía ser roja, azul, amarilla o verde; cambiaba de color como otros de corbata. En las paredes del bar había fotografías enmarcadas de los equipos de béisbol que patrocinaba, además de una del tío Lefty de joven, con guantes de boxeo y en posición, tomada cuando peleó en el torneo Guantes de Oro.

—Anda, mi tocayo izquierdo —nos saludaba.

—Deja de hacerte el zurdo —le decía Lefty—. No engañas a nadie.

—Lo admito. Soy un converso, pero cuidado, los conversos son los auténticos creyentes. El caso es que hoy el brazo derecho me está matando. Va a llover.

—Zip, ya está diluviando —decía Lefty, pelando un huevo duro que cogía de un cuenco de la barra—. ¿Crees que entraríamos en un tugurio como este si no estuviéramos poniéndonos perdidos?

Zip y yo mirábamos la puerta abierta, sujeta con una escupidera de latón. El sol descomponía las volutas azules de humo de tabaco que salían del oscuro interior del local. Zip me miraba y se encogía de hombros.

El tío Lefty le quitaba el trapo de secar del hombro y me lo pasaba por el pelo como si lo tuviera chorreando.

—El dolor imaginario provoca lluvia imaginaria —decía a modo de explicación.

—Perry —decía Zip—, tu tío es muy raro.

—Zip —preguntaba Lefty—, ¿te he dicho alguna vez que este crío sabe cantar?

Y un rato después, con los bolsillos tintineantes de propinas, abríamos paraguas invisibles y salíamos del Zip a la lluvia imaginaria, camino del Red's o el Damen, o hacia el bar de la Cermak Bowl, un local azul hielo donde yo creía que habían inventado el aire acondicionado, o al Juanita's, un sitio que además servía tacos, o al local de la Asociación de Veteranos de Guerra, que tenía máquinas tragaperras. Era imposible visitar todos los bares del barrio en una sola tarde. En cada parada era lo mismo: «Old Man River», aplausos, monedas y zarzaparrilla, hasta que el tío Lefty, que se ventilaba dos

whiskies con sus respectivas cervezas por cada bebida mía, avisaba:

—Vas a acabar meando espuma. No le digas a tu madre cuántas nos hemos tomado o nos meteremos en un lío.

Mi madre era la hermana mayor de Lefty. Fue ella la que me contó que Lefty había querido ser músico desde niño. De pequeño, Lefty sufrió bronquitis crónica y mi madre recordaba que se pasaba los días de convalecencia pergeñando instrumentos con accesorios de la aspiradora. Por la noche daba un concierto ante la familia, zumbando a través de aquellos cuernos caseros mientras movía los dedos como si hiciera escalas. Mi madre decía que Lefty podía imitar a la perfección el sonido de cualquier instrumento de viento soplando por la boquilla de una aspiradora o un tubo de cartón.

Con trece años, Lefty había ahorrado lo suficiente repartiendo periódicos para comprarse una trompeta, pero una semana después de comprarla le partieron un incisivo en una pelea en el patio del colegio y tuvo que renunciar a seguir tocándola. La cambió por un saxofón tenor y tuvo la precaución de apuntarse a clases de boxeo en St. Vitus, donde el padre Herm, un cura antiguo peso pesado, entrenaba a chicos para pelear en combates de las Juventudes Católicas. Lefty monopolizó durante meses el espejo de cuerpo entero del cuarto de mi madre, haciendo boxeo de sombras hasta acabar empapado en sudor. El contrincante del espejo era Bobby Vachata, el chaval que le había roto el diente, aunque nadie sospechaba que la obsesión pugilística de Lefty estuviera animada por la venganza hasta que le dio una paliza a Vachata y el padre Herm se presentó en casa hecho una furia. Lefty fue expulsado de las Juventudes Católicas de St. Vitus y los ingresos del reparto

de periódicos del año siguiente se destinaron a sufragar los honorarios del dentista de Vachata.

Cuando no hacía boxeo de sombras, Lefty bajaba al sótano a «practicar con el saxo». Así lo llamaba él, decía mi madre, aunque en realidad lo tocaba como antes los accesorios de la aspiradora. Farfullaba y soplabla y gemía y por los tubos de la calefacción subía una imitación tan convincente que quien no estuviera al tanto habría pensado que allá abajo había un virtuoso capaz de tocar cualquier cosa. Pero mi madre sabía que él seguía moviendo los dedos por escalas imaginarias y el fingimiento ya no le parecía tan adorable como antes, cuando Lefty les daba conciertos después de cenar. En aquella música inexpresada que salía a borbotones de su hermano menor, aquel sonido que no paraba de girar en su cabeza, había algo que le hacía temer por él. Entonces, una noche, oyó que de repente Lefty dejaba de improvisar «How High the Moon». Tras el silencio se oyó un graznido metálico y luego otro y otro más, chirridos entrecortados, como sonaría una persona sorda que está aprendiendo a cantar. Mi madre supo que Lefty le había puesto por fin una lengüeta a la boquilla y estaba aprendiendo por su cuenta a tocar.

En el instituto Lefty ya era peso wélter y entrenaba para el Guantes de Oro en el Gonzo's Gym de Kedzie, donde boxeaban la mayoría de pesos ligeros mexicanos. Había aprendido a tocar el saxo con casi la misma habilidad con que fingía tocarlo. Con unos colegas del Farragut High, fundó los Bluebirds, que Lefty describía como una banda de polka bebop. Tocaban en bares para fiestas y bodas con Lefty al saxo y la voz. Costaba imaginarle cantando por aquel susurro áspero con el

que hablaba, pero según mi madre Lefty tenía de joven una voz tan melodiosa como la de Mel Tormé, cantante conocido como la Neblina de Terciopelo. Lefty había vuelto de un campo coreano de prisioneros de guerra y el consiguiente año en una institución mental de California para veteranos con una ronquera crónica. A un cantante de rock aquella voz le habría venido de perlas, pero Lefty no había crecido tocando *rock and roll*. Cuando partió a Corea, en el aire aún flotaba la música de la Segunda Guerra Mundial. Su guerra no tuvo música propia y años después, cuando volvió a pisar suelo estadounidense, el país había jurado lealtad a otro compás. Jamás le oí pronunciar palabra con otra que no fuera su característica voz rasposa, pero una vez escuché un disco de 45 r.p.m. que le había enviado a mi madre desde San Diego en un permiso previo a que su barco zarpara hacia Japón. Lefty canturreaba a capela «I'll Be Seeing You», y aun en un endeble disco de acetato, cuando llegó a «*I'll be looking at the moon, but I'll be seeing you*», alcancé a notar la brumosa suavidad del vibrato de su voz y me volví para decírselo a mi madre, pero ella había salido de la habitación. Fue la última vez que vi aquel disco.

Mi madre me había hecho prometer que nunca preguntaría al tío Lefty por la guerra y cumplí la promesa, no porque no sintiera curiosidad, sino porque no quería echar a perder nuestras salidas juntos. Ahora que por fin había vuelto de Corea, todos esperaban que volviera a tocar en una banda, pero al parecer a Lefty sólo le interesaban los caballos. Como mis padres jamás le habrían permitido que me llevara al hipódromo, algunos sábados el tío Lefty les decía que íbamos a un partido de los Cubs. En vez de ello, nos dirigíamos al Sportman's Park de Cicero para ver las carreras. Después, hubiera o

no hubiera ganancias, lo celebrábamos haciendo la ronda de canto por las tabernas de Cicero.

Luego, íbamos a la habitación alquilada de Lefty, casi vacía y con un suelo de linóleo azul con vetas blancas, y nos vaciábamos los bolsillos sobre la tensa colcha del ejército de la cama perfectamente hecha. Contábamos los ingresos y Lefty decía: «Estamos en un momento dulce, campeón», la misma expresión que usaba cuando ganaba de chiripa en las apuestas.

Ni mi madre había estado en su piso de una sola habitación en la tercera planta de un edificio de Blue Island Avenue, calle que no hacía honor a su nombre. Yo me imaginaba el lago al final de la avenida, los graznidos de las gaviotas y el agua lamiendo porches de madera como si fueran muelles. Una visión que Lefty había suscitado al contarme que la calle se llamaba así porque a veces aún asomaba en lontananza una isla fantasmagórica que, habitada en el pasado por los indios de la Isla Azul, se sumergió para siempre tras morir el último guerrero. Quizá mi eterna fascinación por las islas venga de la promesa implícita en el nombre de aquella calle.

Por los alféizares de las ventanas se paseaban palomas, no gaviotas. Uno de los vecinos mexicanos de Lefty tenía un palomar en la azotea, y el zureo constante de los pájaros se colaba en la habitación de Lefty como una brisa fresca sin viento. Lefty me llevó alguna vez a ver las palomas. Me aupaba por la trampilla y decía: «Bienvenido al país de los sueños», soltándome en la cubierta de guijarros y alquitrán con vistas a Blue Island y una ciudad llena de campanarios. Yo recordaba haber oído a mi madre hablar con mi padre con tono preocupado de una noche que Lefty había subido borracho a la azotea para tocar el saxo. Habían tenido que llamar a la policía para hacerle bajar.